

Contestación
De
Don Eloy G. González

Señor:

Habéis comenzado dignísimamente vuestro discurso de incorporación, al tributar homenaje de justicia a la memoria del compañero ilustre, cuyos manes se ciernen todavía sobre la tarea metódica y asidua de la Academia.

Nos habéis ofrecido la impresión que produjo en vos —romántico provinciano de veinte años— el hombre vibrante de la tribuna, la primera vez que lo visteis sobre su montaña. Evocáis en nosotros el recuerdo de una edad en la que Saluzzo trabajó en obra de salud social y de honor público.

Trataré de presentar el aspecto del tiempo y la substancia de la tarea. Quienes entonces formábamos, como vos, la juventud ávida de aprendizaje, íntegra de fe, inquieta de entusiasmos, disfrutábamos de la envidiable emoción de concurrir en muchedumbre al pie de las tribunas y de las cátedras, a ver y oír trabajar en la más alta materia —inteligencia— en lo más elevado del espíritu, a aquellos viejos maestros, entre cuyas figuras aparecía, gentilísima y prestigiosa, la figura de Saluzzo.

Precisamente, entre las inteligencias adversas a sus creencias, a sus ideas, a sus opiniones, fundaron ellos un sentimiento que será siempre honor de nuestra generación: el sentimiento de respeto a las jerarquías, del reconocimiento del mérito bien ganado, del acatamiento a la autoridad bien fundada.

Acaso no salíamos convencidos, luego que cesaba la vibración de aquellas palabras, en la cátedra profana o en la cátedra sagrada; pero salíamos circunspectos y provistos de materia de meditación, de restablecimiento de aspiraciones, porque habíamos palpado la seriedad y la sinceridad de la tarea: aquellos hombres de palabra, de letras y de ciencia servían a un ideal, siquiera el de la propia buena fama, pero cumpliéndolo, servían intrínsecamente al lustre de su tiempo y al renombre de su país.

Equivocados, tal vez; pero convencidos. Tomaban en serio una misión y al desempeñarla trataban de hacerlo con brillo y con orgullo. Sabían asignarle precio a los más nobles y delicados frutos del espíritu y tenían el sagrado miedo que se siente ante el riesgo de una desgracia personal, cuando pensaban que podían ser sospechados siquiera de pagarlos con el desdén o la ironía.

Señor:

Vuestro discurso contiene proposiciones tan abundantes en interés para el estudio filosófico y el aprovechamiento práctico de nuestros anales, que permite la insistencia sobre algunos de aquellos puntos que son fundamentales, ora en lo que se refiere a las reglas en el arte de presentar el suceso, ora en cuanto a las relaciones de sucesión y semejanza de los hechos.

Tuvo como arte, entre nosotros, la historia su bella edad, en que los acentos líricos y el tono épico sirvieron, en definitiva, para perpetuar el recuerdo del hecho; en especial, el hecho militar, con el cual comparecía el acontecimiento político, como causa o como efecto de aquél. Porque, desde la forma de la conquista, las reacciones de la colonia, la demanda de independencia y el período de gravitación de los componentes de la nacionalidad, otrora agitados, nuestros fastos, si orgullosos en días de gloria, han sido de infortunio y sangre.

Para describirlos, enaltecerlos o lamentarlos, aportaron sus caudales el himno y la elegía, constituyendo y consolidando una de las más ricas literaturas históricas del continente; y en la que, cuando han cedido la pasión o el interés, ha sido para ofrecer extenso campo al entusiasmo y a la fantasía. Infiel en la crónica de Díaz, que es diatriba;¹ animada y pintoresca en la inventiva de

¹ *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas*

González,² se hace elegante y pulcra en la concisión ática de Baralt,³ aparece bordada de primores en el poema de Larrazábal⁴ y enardece como una arenga rostral en el canto homérico de Eduardo Blanco.⁵ No poseen la profundidad, pero sí la brillantez; y de los elementos que según Taine⁶ inflamaron y asombraron el estilo de Tácito, si carecen del estudio, les queda la poesía y el odio.

En el tiempo en que así se trataban nuestros anales, no era dable hacerlo de otra manera, porque no se observaban —ni aún por los más eminentes historiadores del mundo— los preceptos de la heurística, de la diplomática y de la crítica de interpretación,⁷ que todavía, y a pesar de una voluntad excelente, no logran aplicar con precisa certeza todos cuantos lo pretenden. Por tanto, la historia fue siempre género literario, en el que sin duda ganaron el lenguaje y el estilo y tuvieron apostolado el heroísmo y el sentimiento de la patria: la sola descripción del suceso y sus recomendaciones tendenciosas llenaban el deber, sin que se intentara el examen de leyes impuestas a nuestros mayores, muchas de ellas no quisieron consejos de reyes, y de instituciones que por lejana sugestión adoptó luego el patriciado. Era, sin alteraciones, el mismo arte descriptivo y retórico que conoció la antigüedad clásica: apenas Baralt apunta algunos datos sobre industria y comercio, pero es deficiente en cuanto a costumbres, usos domésticos, prácticas sociales. Vivíase aún en las edades que, según la teoría de Vico, pudieran denominarse "divina" y "heroica" de la historia patria; y en las que — aplicando por un momento la teoría y sus denominaciones— al derecho lo sacó triunfante la fuerza, fueron divinizados los héroes, también heroicos o aristocráticos los gobiernos, épico el lenguaje.

La que pudiéramos llamar *edad humana* de nuestra historia, como escritura, es de data muy reciente: la concepción y la intención del estudio filosófico o científico de nuestros anales parte de la generación que con el doctor Gil Fortoul produjo, en 1890 y 1891, la *Filosofía Constitucional*⁸ y la *Filosofía Penal*,⁹ anteriores a *El Hombre y la Historia*, en 1896.¹⁰ Ya el doctor Gaspar Marcano, un año antes del primero de los mencionados, había dado a estos estudios su contribución respecto de la etnografía precolombina de Venezuela;¹¹ nuestro colega el doctor López Baralt propuso, en 1896, el método científico que en su concepto debía observarse en el estudio la personalidad del general Miranda;¹² y el señor Becerra, en su *Ensayo histórico-documentado* de la vida del expresado general Miranda, adoptó, en 1896, el método de investigación, consultando, en cuanto les fue posible, el antecedente y el medio, las costumbres y las instituciones, el estado de cultura, las ideas dominantes en filosofía y en ciencias; en suma, las manifestaciones de vida y de humanidad.¹³ Nuestro colega el doctor Villavicencio, al incorporarse como Individuo de número de esta Corporación, eligió como tema de su discurso la *Evolución política y social de Venezuela*,¹⁴ aplicando al estudio de nuestros anales el método sintético, pero fundado sobre la base experimental; y por su parte, el doctor Samuel Darío Maldonado aportó, como materia auxiliar y complementaria para el examen de nuestros hechos históricos, sus trabajos sobre *Antropología general y de Venezuela*.¹⁵ En una dirección concurrente, en trabajos de aporte y en estudios de investigación, Jules Humber, de 1901 a 1912,¹⁶

² *Biografía de José Félix Ribas*

³ *Resumen de la Historia de Venezuela*.

⁴ *Vida de Bolívar*.

⁵ *Venezuela Heroica*

⁶ *Ensayo sobre Tito-Livio*

⁷ Langlois y Seignobos, *Introduction aux Études Historiques*

⁸ París, Garnier Hermanos, 1896.

⁹ Bruselas, Alfred Vromant y Comp., 1891.

¹⁰ París, Garnier Hermanos, 1896. *Ethnographie Precolombienne du Venezuela*, París, 1889

¹¹ *Ethnographie Precolombienne du Vénézuéla*, París, 1889

¹² *La Gloria de Miranda*, prólogo de una obra que aún está por escribirse, Maracaibo, 1896.

¹³ Caracas, Imp. Colón, 1896.

¹⁴ *Discursos leídos en la Academia Nacional de la Historia*, el 23 de mayo de 1900.

¹⁵ Caracas, 1906

¹⁶ *Un Gibraltar ignoré*, Burdeos, 1901; *Les Origines vénézuéliennes*, Burdeos, 1905; *L'Occupation allemande du Venezuela*, Burdeos, 1905; *Les origines et les ancêtres du Libérateur*, París, 1912; etcétera.

Jules Mancini¹⁷ y Carlos Villanueva,¹⁸ han contribuido a que se huya deliberadamente del desgraciado aforismo de Voltaire, de que "la historia se pierde si se reduce a la verdad"; y la verdad ha comenzado a decirse, a despecho de preocupaciones y prejuicios, de absurdos y de leyendas.

La utilización de nuestra historia para los estudios sociológicos es todavía más reciente. Son muy pocos los investigadores y los estudiosos que se hallan preparados con los suficientes instrumentos de erudición científica, información histórica nacional, aptitud personal y elementos materiales de vida, para la consagración y formalización provechosa de estos estudios. Quien más ha podido dedicar a ellos los recursos apuntados ha sido Vallenilla Lanz, tomando sobre sí esta rama de la aplicación del enorme y complejo trabajo histórico; y con todo, los datos que ha obtenido —en cuanto a la llamada Sociología estática— no permiten ir más allá de la constitución y estados del municipio, transplantado de España en la organización colonial. Muy poco es lo que se puede concluir respecto de la constitución, intereses, sentimientos, ideas, de la familia colonizadora y de la familia criolla: el doctor Pedro M. Arcaya ha publicado algunos trabajos acerca de las clases sociales de la Colonia;¹⁹ pero de resto, nada se ha acopiado sobre los datos de Ulloa y Jorge Juan,²⁰ Oviedo y Baños²¹ y Depons.²²

Pertenece a este punto la siguiente incidencia. De poco tiempo acá se están practicando en el vecino país del Brasil estudios muy interesantes, relativos al *estado interno* del indígena y del negro y de los cuales ha presentado una importante Memoria al Instituto Histórico y Geográfico de Río el doctor Sylvio Romero.²³ Pensóse que el indio, a quien pertenecía aquélla que habéis denominado "flor de la tierra virgen, única excepción del arcabuz inmisericordioso", y que fue, en verdad, lecho en donde se engendró la futura población mestiza, no carecería, aunque fuese en su mero agregado de grupo antropológico, de grupo étnico, de una razón y de un vínculo de existencia social. Los estudios americanistas que se han hecho en Europa y en nuestro continente, han tropezado hasta hoy, en esa ardua investigación, con el grave inconveniente de que los cronistas y misioneros, aún los más inteligentes, no eran aptos para una observación íntima, psicológica, de nuestro selvícola y no dejaron sino descripciones de sus usos exteriores; y de éstas, muchas pecan por exageraciones y alteraciones interesadas y tendenciosas. Más tarde, los naturalistas y exploradores del siglo XIX no eran sociólogos y se limitaron a clasificaciones de tribus y vocabularios de dialectos. Nada se adelantaría en saber positivo, ni en punto a estado social —así fuese rudimentario— si se continuara el mismo sistema que observaron los autores brasileños; esto es, cuestionar sobre si hubo o no hubo injusticia en el tratamiento que se dio al indio; si éste era o no era civilizado, etcétera. En el aniquilamiento del aborigen, el conquistador empleó los dos métodos usados, respectivamente, por el colonizador sajón y el colonizador latino: el *directo*, de exterminio por la muerte, como procedió el inglés con el "rojo", y el *indirecto* o de cruzamiento; y en este último se ha tratado de averiguar el aporte social del indígena. Es esta la cuestión, planteada en la forma siguiente:

- 1.º El indio debía desempeñar algún *trabajo*;
- 2.º El indio debía tener alguna *propiedad*;
- 3.º El indio debía pertenecer a alguna *familia*. Porque *trabajo*, *propiedad* y *familia* son los fundamentos de la organización social.

En el Brasil comenzaron a hacer estos estudios, aprovechando los datos suministrados por los cronistas, Soares y Cardim, en el siglo XVI, Lisboa y Varnhagen en el siglo XIX y últimamente, Magalhaes y Capistrano de Abreu, con los cuales y el testimonio de Crevaux, Edmundo Desmolins

¹⁷ *Bolívar et l'Émancipation des Colonies Espagnoles*, París, 1912

¹⁸ *El Imperio de los Andes*, 4 vol., París, 1912.

¹⁹ *Estudios sobre personajes y hechos de la historia venezolana*, 1911.

²⁰ *Noticias secretas de América*, Londres, 1826

²¹ *Historia de la conquista y población de la República de Venezuela*, 1824.

²² *Voyage à la partie orientale de la Terre-Ferme*, París, 1806.

²³ *O Brazil Social, Rev. del Inst. Hist. y Geogr.*, 1908, tomo LXIX.

ha llegado a los siguientes resultados y conclusiones:

I. *Trabajo*. — Las regiones forestales son el dominio del indio y en ella no le es posible entregarse al trabajo o industria pastoril, así como tampoco a la gran caza o de animales en manadas. No le queda, por consiguiente, como medio de existencia, sino la *pequeña caza*, la pesca fluvial y la recolección de frutos salvajes, que son como otra especie de caza. Este arte no exige *previsión*, porque la presa diaria asegura el alimento, que es necesario consumir pronto a causa de que no puede ser conservado largo tiempo. De manera que éste es un género de trabajo accesible al común de los hombres; pero si por sus caracteres generales hay similitud entre la caza, la pesca y la industria pastoril, difieren aquéllas de esta última en condiciones esenciales que modifican por completo el tipo social. Desde luego, la caza y la pesca exigen cualidades especiales de agilidad, de destreza, de fuerza, que sólo se hallan en los jóvenes, quienes pueden bastarse a sí mismos y constituir vida aparte, a fin de conservar el fruto de su trabajo y eximirse de los deberes de asistencia a los ancianos; de modo que éste es un género de trabajo que confiere a los jóvenes superioridad sobre los viejos y hace que la autoridad y la influencia pasen de los padres a los hijos.

Otra modificación: el arte pastoril mantiene reunidos a todos los individuos de la familia, así como acontece también en la gran caza; en tanto que en la pequeña, en que ha de perseguir animales dispersos, la mayor parte de las veces cada quien tiene interés en aislarse, en cobrar piezas por su propia cuenta; de donde resulta cada cazador un concurrente, determinando así cierta tendencia al *individualismo*, bien que amorfo y disolvente, por lo cual no debe ser confundido con el *particularismo* que caracteriza a los pueblos progresivos. Al pastor no le es dado aislarse; tiene que mantenerse en la comunidad para poder conservar el rebaño.

La caza se agota con facilidad, la subsistencia se hace difícil y la cuestión de la alimentación se torna en grave preocupación: no pudiendo realizar grandes invasiones en busca de otra tierra, por las dificultades del medio y la falta de caballos y otros recursos de locomoción, se vuelven unos contra otros. Aquel género de trabajo los fuerza a las migraciones periódicas, persiguiendo al animal en sus escondrijos, internándose en los montes para sorprenderlo en los claros en donde se reúne, viviendo en las márgenes de los ríos para pescar o recoger huevos de anfibios; pero si esta es la fuerza de la necesidad, su ejecución es difícil, a causa de los obstáculos que en la selva oponen la falta de veredas y lo intrincado de la vegetación: muchas tribus permanecen sin relaciones entre sí y a veces un dialecto apenas lo entienden cien indios. En suma, el grupo se disuelve; son abandonados los ancianos, los enfermos, los niños, todo aquello que no puede ser fácilmente transportable.

Prefieren, sin embargo, esas dificultades y vivir de las producciones espontáneas del suelo y del agua, al régimen de los cultivos, que se reduce a una recolección elemental.

II. *Propiedad*. — La verdadera propiedad del salvaje, en esas condiciones, es su destreza, su fuerza, su agilidad; es decir, una *propiedad personal*, que no se trasmite. No hay tradición de ella; ningún vínculo, ningún lazo material liga a las generaciones entre sí; por consiguiente, no hay *solidaridad*: se impone el individualismo que deforma, el individualismo disolvente.

III. *Familia*. — Salvajes cazadores o pescadores, no pudieron constituir la familia *patriarcal*, tipo característico de los pastores; el ejercicio de la autoridad paterna se halla estorbado con frecuencia por la superioridad que la caza confiere al joven sobre el viejo; no hay la estabilidad garantizada por la permanencia en torno de un mismo hogar, fijo o trashumante; no hay continuidad entre las generaciones sucesivas; aquella familia imperfecta —la familia *inestable*, según las clasificaciones de Le Play y sus discípulos— se disuelve periódicamente, se fragmenta, para reconstituirse por un momento en torno de nuevos lares, que duran tan poco como sus precedentes. Por tanto, así como no hay trabajo colectivo, así como no hay tradición de propiedad, así como no hay familia estable, tampoco existe transmisión de tradiciones y leyendas, ni se conservan los viejos recuerdos de la raza, ni existe el pasado, ni hay raigambre en la tierra, ni nace en ella la noción de patria, ni hay los fundamentos para una organización social, mucho menos para una nacionalidad.

Tomo de nuevo, Señor, la ilación de vuestro discurso.

Cuanto a lo que denomináis "desenvolvimiento, actividad social", que en la teoría comtista se denomina *Sociología dinámica* y que no es otra cosa que la investigación de las leyes de la evolución; esto es, la relación constante de sucesión o de simultaneidad, de semejanza, de uniformidad que existe entre los hechos, poco se ha trabajado en nuestra historia en el sentido de aportar los datos necesarios: sólo tenemos, con el mérito de la iniciativa, la obra del doctor Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*,²⁴ sobre la cual he de insistir adelante, la *Historia de la Revolución Federal*,²⁵ del doctor Lisandro Alvarado, la *Evolución social y política de Venezuela*,²⁶ del doctor J. L. Andara, de la cual sólo se ha publicado la primera parte, y la obra inédita de Vallenilla Lanz, *La Evolución Democrática*, de la cual no conocemos sino fragmentos.²⁷ Es menos, creo que nada, lo que poseemos escrito acerca del concepto de la historia con relación a la sociología; y son de este lugar y de este sitio algunas notas que contribuyan a esclarecer el asunto.

En primer lugar: ¿es la historia una *ciencia*? ¿Pueden hacerse en ella inducciones y generalizaciones, formularse leyes y establecerse principios que permitan darle el carácter de ciencia? ¿Están los actos humanos, individuales o colectivos, y, por consiguiente, los hechos históricos, gobernados por una ley fija? ¿Son el producto de la voluntad libre, independiente de la acción y concurrencia de cualesquiera otros factores? O bien ¿obedecen ellos a móviles y motivos? He aquí lo que Fouillée proclamó el *problema filosófico por excelencia* y lo que Buckle planteó y trató de resolver en su *Historia de la civilización en Inglaterra*. Con ellos nos ocuparemos al tratar del factor *herencia*, que constituye la tesis de vuestro discurso.

Mientras tanto, las generalizaciones que se han hecho no constituyen una ciencia de la historia, porque no traducen leyes; y han sido vanas hasta ahora las tentativas que se han hecho en este sentido. Una rápida exposición de las más notorias lo comprueba así:

1. La doctrina providencialista de Bossuet no tiene nada de común con las investigaciones de la ciencia; es una afirmación de fe religiosa, hecha seductora por el genio del Águila de Meaux, que no admite como verdad histórica sino lo que se halla consignado en una sola clase de libros y desecha cuanto enseñan la arqueología prehistórica, la antropología, la filosofía comparada, la egiptología y la asiriología.

2. El providencialismo no milagroso de Laurent y de Rocholl es una tentativa de conciliación, que no satisface ni a la fe ni a la ciencia: no admite la intervención divina en los acontecimientos humanos, pero tampoco se somete a los métodos científicos, explicándolo todo por la inmanencia de Dios en la humanidad.

3. La teoría del *progreso continuo*, de Condorcet, está contradicha por la observación: al lado de los impulsos progresivos de la naturaleza humana, existe la tendencia conservadora. El propio Condorcet es un sectario, que en el cuerpo mismo de su teoría afirma que el cristianismo es una impostura y que la monarquía y la iglesia son instituciones esencialmente perniciosas.

4. La doctrina *natural* de Herder lo subordina todo a la influencia decisiva del medio cósmico y de la organización fisiológica: para él no existe ninguna otra influencia que determine las acciones humanas; el chino y el negro serían incapaces de modificaciones en el suelo de la China o en el suelo del África. Es, como se ve, el *fatalismo, de la naturaleza*, sin que en semejante doctrina se descubra una ley fundamental de la historia.

5. La teoría de la *evolución*, de Spencer, si explica el desarrollo del organismo individual y el desenvolvimiento del organismo social, no es aplicable al desarrollo de la humanidad. Las sociedades, como los individuos, se forman, crecen, llegan a la madurez y decaen. ¿Acontece lo mismo con la humanidad? La evolución, esto es, el paso de la homogeneidad indefinida e incoherente de la materia a la heterogeneidad definida coherente, lleva el organismo a un punto de equilibrio, en el que comienza fatalmente, en sentido inverso, el fenómeno complementario y

²⁴ Berlín, Cari Heymann, 1907, 1909.

²⁵ Caracas, Litog. del Comercio, 1910.

²⁶ Curacao, Imp. de A. Bethencourt e hijos, 1904.

²⁷ *El Cojo Ilustrado*, 1 de noviembre de 1905

correlativo de la evolución: la disolución. La primera es una integración; la segunda, una desintegración. ¿Sucede otro tanto con la humanidad? ¿Llegará ésta al estado de privación absoluta de movimiento, como llegan los cuerpos orgánicos en la evolución? ¿Hasta qué punto son análogas la evolución individual y la evolución de la humanidad? Preguntas a las cuales, según Caro, no puede contestar la teoría de la evolución, que nos deja a las márgenes de la eternidad "interrogando en vano al infinito tenebroso".²⁸

6. Taine, en la Francia, y Mommsen, en Alemania, el uno en los *Orígenes de la Francia Contemporánea*, el otro en la *Historia Romana*, se fundamentaron en la concepción histórica de Hegel, de que "la historia es un proceso racional";²⁹ es decir, que todo hecho histórico obedece a una necesidad social. La historia misma contradice este principio: en ella constan frecuentes transformaciones políticas, producidas por la ambición o el error, que no tienen ningún carácter de necesidad social. Desde este punto de vista es curioso advertir que antes de haber Buckle desarrollado la teoría *determinista*, la propuso en el opúsculo *Idea de una historia universal*, Kant, el autor de la *Crítica de la razón pura*, quien escribía: "Cualesquiera que sean nuestras divergencias sobre la libertad de la voluntad, considerada desde el punto de vista metafísico, es evidente que las manifestaciones de esa voluntad, esto es, las acciones humanas, están sujetas al imperio de las leyes universales de la naturaleza, del mismo modo que los demás fenómenos físicos, sean cuales fueren."³⁰

7. Bourdeau, en su libro *La historia y los historiadores*, indica un procedimiento para descubrir las leyes de la historia. En primer lugar, hay que establecer leyes especiales a las diversas series de hechos. Las primeras, las leyes especiales son de orden y de relación: aquéllas muestran lo que hay de común y de constante en los fenómenos; éstas, la filiación de efectos y causas. Comprendiendo y resumiendo ambas categorías, Bourdeau señala una ley suprema que las unifique: esa ley sería la necesidad racional del progreso; y su expresión general la siguiente: *el progreso parece que se efectúa en razón directa de la suma de mejoras y descubrimientos ya realizados e inversa de los obstáculos que se oponen a su difusión*. Como se ve, esta teoría es una ingeniosa modificación de la doctrina de Condorcet, formulada por semejanza con la ley de gravitación; pero mientras ésta se cumple en todas partes con regularidad, con uniformidad, con simplicidad, la pretensa ley del progreso tropieza con influencias perturbadoras, al sólo cambiar de terreno o de clima.

8. Ciertas teorías secundarias, como las de Bunsen, Lotze, Bagehot, son variantes de las principales o tentativas frustráneas de conciliación; otras han sido formuladas para sostener tesis especiales. Michelet escribió la *Introducción de la historia universal* para demostrar que la historia es el triunfo incesante del hombre sobre la naturaleza; Renán expone en la *Historia general de las lenguas semíticas*, el principio de la diversidad de las razas como ley fundamental de la historia, estableciendo que los semitas traen una misión religiosa y que una vez cumplida, decaen y dejan a los arios la misión de dirigir los destinos del género humano. Pero el amable y elegante orientalista finge olvidar que los árabes, semitas, tomaron el timón del mundo en un período histórico célebre por el estancamiento de la civilización indo-europea, y que fueron ellos quienes en la Edad Media enseñaron el álgebra a Europa; midieron y conocieron la extensión de la tierra; catalogaron y denominaron las estrellas visibles; determinaron la oblicuidad de la eclíptica, comprobaron la precisión de los equinoccios, fijaron la duración del año solar, perfeccionaron los instrumentos de astronomía, constituyeron la química y descubrieron sus principales reactivos, profundizaron y desarrollaron la dinámica y la hidrostática, aplicaron los principios científicos al mejoramiento de los procesos industriales, al perfeccionamiento de la agricultura y de las manufacturas.³¹ La actual superioridad de los arios sobre los semitas no autoriza para formular una ley fundamental de la historia, que traduzca la permanencia, la constancia, la universalidad, la perpetuidad del hecho.

²⁸ *Le progres social*, IV

²⁹ Cameiro Lessa, *Reflexiones sobre el concepto de la Historia*

³⁰ *Op. cit.* Introducción

³¹ Draper, *Los conflictos de la ciencia y de la religión*

Así, pues, la historia no posee un contenido científico propio, ni leyes de su dominio, ni inducciones, deducciones o principios que le sean peculiares, ni generalizaciones que de ella hagan una ciencia. Lo que se ha denominado así es una serie de verdades generales que no pertenecen a su jurisdicción genérica, o un conjunto de observaciones que no constituyen leyes; y lo que se llamó *filosofía de la historia*, es un conjunto de afirmaciones subjetivas, de creencias, de conjeturas, de hipótesis, sin base científica y sin método lógico. La función de la historia es mucho más modesta y hoy delimitada con precisión: se reduce a reunir, a clasificar metódicamente los hechos, a suministrar los materiales cuya observación y comparación sirven de base a las inducciones de la ciencia social fundamental, o sociología, y de las ciencias sociales especiales. Cuando un historiador extrae de los hechos una verdad general, el *jugo ideal* que constituye la ciencia, *hace* sociología, o cualquiera otra ciencia social especial, de las que aprovechan los datos históricos para adquirir una nueva noción o para ampliar las que ya posee. Toda relación constante de sucesión, de semejanza, de uniformidad, que se halle en la historia, ya pertenece a la sociología, a las ciencias sociales especiales, o a las ciencias antropológicas. Taine creyó en la ciencia de la historia y obligado por ello a sujetarse al método expuesto por Stuart Mili,³² de la doctrina de Comte, trató, en el *Ensayo sobre Tito-Livio*, de explicar leyes históricas, en la siguiente forma: —La expansión romana se explica por el *interés personal*, por el egoísmo que caracteriza al pueblo romano: "porque su espíritu es la reflexión que calcula, y no la invención poética o la especulación filosófica, y su carácter consiste en la voluntad que raciocina y no en los sentimientos y los afectos. De ahí esa lucha infatigable contra una tierra ingrata, ese desprecio por los que pierden el patrimonio, el renombre de los que lo aumentan, la economía, la frugalidad, la avaricia, el espíritu de subterfugio, todas las virtudes y todos los defectos que engendran y conservan la riqueza; la propiedad considerada una cosa santa y sagrada, el límite de los campos divinizado, las tierras y el crédito protegidos por leyes terribles, las formas de los contratos minuciosas e inviolables; en suma, todas las instituciones que pueden garantizar los bienes adquiridos. Al paso que en otras partes la familia natural, establecida sobre la comunión de origen, está gobernada por los afectos, la familia romana, toda civil, bajo una comunidad de obediencia y de ritos, es la cosa y la propiedad del jefe, gobernada por su voluntad, subordinada al Estado, legada siempre por una ley en presencia de éste, especie de provincia en manos del padre de familia... Formado de razas diversas, violentamente reunidas, obra de la voluntad y no del parentesco y de la naturaleza, el Estado contiene dos cuerpos organizados, que luchan regular y legalmente, no por pasión sino por interés, y que se unen bajo la más complicada y la mejor combinada de las constituciones que hubo jamás. Conquistador por sistema y con método, para conservar y explotar, el Estado romano eleva al más alto grado el arte militar, la habilidad política, el talento administrativo, y reúne por la fuerza el mundo entonces conocido en un imperio organizado bajo el dominio de una ciudad. Su política consiste en transformar en soldados de Roma los pueblos vencidos, en ministros de Roma los príncipes y los magistrados extranjeros; esto es, en aumentar mucho sus fuerzas con poco gasto. Su arte militar consiste en formar los más robustos y bravos soldados bajo la más estricta obediencia; esto es, sacar el mejor partido de fuerzas poderosas. Toda su sabiduría se reduce a desenvolverse y robustecerse. Institución de voluntad, máquina de conquista, materia de organización, el Estado ocupa todos los pensamientos, absorbe todos los sentimientos, subordina a sí todas las acciones y todas las instituciones. Este predominio del interés personal y del egoísmo nacional, produce el desprecio de la humanidad. No conquistado aún, el género humano es materia para conquistas; ya conquistado, es una presa, de que se usa y abusa. Los esclavos son maltratados con una dureza atroz; exterminanse pueblos enteros; condúcense en triunfo y mátanse los reyes vencidos. Los dioses son abstracciones sin vida poética, tales como los forma la árida reflexión por medio del análisis de una operación de agricultura, o de las diversas partes de una casa; o flagelos adorados por temor, dioses de otras naciones recibidos en los templos por interés, como vencidos en la ciudad, pero sujetos al Júpiter del Capitolio, como los pueblos al pueblo romano. Los

³² Augusto Comte y el positivismo, trad. de Clemenceau.

sacerdotes son legos, organizados en corporaciones, simples administradores de la religión, bajo la autoridad del Senado, que regula los sacrificios expiatorios, y forma con el pueblo la única autoridad competente para hacer cualesquiera innovaciones. El culto consiste en ceremonias minuciosas, escrupulosamente observadas, porque falta el espíritu filosófico y poético, intérprete de los símbolos, y el raciocinio, árido y triste, se atiene a las palabras. Sirve al Senado de instrumento político y, a lo sumo, es un medio de dominio".

Toda esa brillante explicación ¿contiene alguna ley, en la acepción científica del concepto? La prueba en contrario se halla en la discrepancia de los historiadores y de los hombres de ciencia, acerca de las causas del engrandecimiento y de la decadencia de Roma. El sabio Liebig, profundizando el estudio del fenómeno, concluye que todo se explica por la falta de potasa y de ácido fosfórico de que fue privado el suelo por una cultura irracional; Conrad opina que la depauperación de los hombres tuvo por causa la devastación de los bosques y el estancamiento de las irrigaciones; Du Bois-Reymond contesta que Roma decayó por no haber cultivado las ciencias naturales y haber fundado toda su civilización en la arena movediza de la estética y la especulación; de manera que si las legiones hubieran tenido armas de fuego, habrían rechazado a los bárbaros en batallas sangrientas, y las armas de fuego no las produjo sino el cultivo de las ciencias naturales.³³

El historiógrafo cabal sería un Mommsen, sin la tendencia hipotética, conjetural y subjetiva, con la discreción científica de un Fustel de Coulanges y el arte descriptivo de un Taine: la *Historia Romana* es un modelo, en que los fenómenos económicos, los políticos, los jurídicos, los religiosos, los artísticos, todo lo que forma el tejido de la sociedad, está clasificado, coordinado, dispuesto y descrito conforme a cierto orden y obedeciendo a cierto método.

Y ya que hemos señalado la función del historiador, como concurrente para las inducciones y las deducciones sociológicas; ya que se ha provocado, y crece entre nosotros, el interés por este género de estudios; ya que poseemos, insistiendo en la mención, la obra del doctor Gil Fortoul, que ha utilizado el material histórico para exponer y analizar nuestro proceso constitucional, como ha sido aprovechado para estudiar el proceso social y como pudiera serlo para el económico y el político, séame permitida una advertencia oportuna a los futuros estudiosos que deseen seguir las huellas de los jóvenes maestros, a fin de contribuir a evitarles estériles impacencias y fáciles extravíos. Cualquiera que sea el concepto que se adopte respecto de la sociología, sea el de Greef, que es el mismo clasificante de Littré; sea el biológico de Spencer, de Fouillé o de Worms; o bien el dualista de Ward o de Mackenzie, no debe olvidarse que ella no trata de formular una teoría científica sobre la evolución de la humanidad; sino que se limita a la aspiración de conocer la sociedad, estudiando su formación, su desarrollo, su decadencia, su extinción, estudio que realiza por la observación que le permiten los datos históricos; no, por supuesto, la observación directa, como en astronomía; ni la experimental, como en química, sino aquel género de observación especial que Roberty denomina *transformada o prolongada*³⁴ y de la cual es instrumento el método descriptivo. Esto quiere decir que la sociología, como lo advierte Coste,³⁵ es una ciencia de hechos, que la sociedad es una realidad, tan realidad como lo es el individuo —aunque no solamente del orden biológico— y que es, por lo menos, aventurado aplicar a estos estudios un criterio subjetivo, un criterio *apriorístico*, engañados por cierta analogía aparente de los aspectos del fenómeno social en diversa época y lugar. Llega a mis manos, mientras me ocupo con esta cuestión, un pequeño libro escrito en Montevideo, prologado por Rodó,³⁶ en el que, al exponer las causas predisponentes del movimiento de emancipación *americana* (sudamericana), se cuenta la invasión y el rechazo de los filibusteros ingleses; elemento concomitante que no existió con fuerza determinante, ni en el Pacífico, ni en el extremo norte del continente meridional. Corresponde a los sociólogos demostrar a los dirigentes de estas sociedades y de estos países sí la naturaleza de la estructura colonial, la independencia, la

³³ Gumplowicz, *Sociología y Política*

³⁴ Roberty, *La sociologie*

³⁵ Coste, *Les principes d'une sociologie objective*.

³⁶ Abel J. Pérez, *América*

democracia, el centralismo, el federalismo, los gastos superfluos, los programas defectuosos, la revuelta armada, la divinización de los hombres, son *falsas causas*, esto es, solamente *síntomas* o *efectos*, a los cuales hemos venido aplicando, en consecuencia, falsos remedios. No hay que olvidar tampoco las sorpresas penosas a que puede conducir la aplicación sistemática del método subjetivo, y las cuales —según la observación de Flint— padecieron duramente en Alemania los más ilustres pensadores del último cuarto del siglo XVIII y los diez primeros años del XIX. Por huir sistemáticamente del formulismo escolástico, prescindieron de las indagaciones laboriosas y de la crítica; aceptaron presurosamente un pequeño número de generalizaciones fáciles de formar, y la lección del desengaño fue severa y rigurosa, pero eficaz. "Los alemanes habían llegado a imaginarse que el principio de la verdadera cultura es el entusiasmo por la humanidad, un amor vago y apasionado del hombre en cuanto hombre, en el cual se absorben y se pierden el patriotismo y los demás afectos particulares. Muchos, aún entre los hombres que contribuyeron más a fundar la nacionalidad alemana, miraban el sentimiento nacional como sinónimo de preocupación irracional. Esa fue la opinión del gran Federico; Lessing confesaba que no podía comprender lo que significaba el patriotismo; Goethe y Hegel estaban totalmente desprovistos de él; Schiller decía que tal sentimiento tenía sobre todo su importancia en el origen de los pueblos y en la juventud del mundo, pero que los hombres serios no pueden interesarse calurosamente por una nación particular, sino en la medida en que los destinos de esta nación tienen alguna influencia sobre el progreso de la especie; y Fichte, poco tiempo antes de la batalla de Jena, declaraba que sólo un hombre grosero y nacido de la tierra podía afligirse por la caída de su patria, pero que un hombre de verdadera cultura miraría siempre a la nación cuya cultura es más elevada como su patria verdadera, la morada de su espíritu. Pero la vergüenza de la humillación nacional que pesaba entonces sobre ellos, la prueba de las desgracias públicas, ilustraron a los alemanes sobre la vanidad de su cosmopolitismo y de la cultura de que es pretendido signo; supieron el valor del patriotismo y de la vida nacional; aprendieron a estudiarse a sí mismos, a conocerse, a ser ellos mismos, a penetrar hasta las raíces de su debilidad para hacerse capaces de extirparlas, hasta las de su fuerza para poder instruirse sobre los medios de desarrollarlas. El mundo entero sabe en qué amplia medida se han aprovechado de esa enseñanza y cuan noblemente han desarrollado sus recursos en las direcciones más diversas de la literatura, de la ciencia, del arte y de la práctica: el dominio de la historia no es uno de los que menos han cultivado." ³⁷

Tenéis razón, al declararnos, con el doctor Le Bon "hijos de nuestros padres"; pero acaso convendría hacer la consiguiente ponderación de los modificadores del medio interno, de la herencia: el medio cósmico, el individual y el social. De este último, los hábitos, las costumbres de la sociedad en que se vive; la condición en que se nace, la profesión que se ejerce, la higiene, la educación, la instrucción, las instituciones y las leyes. Todavía, como en los días de Angostura y en los labios del Libertador, no es posible asegurar a qué familia humana pertenecemos; ni cuáles caracteres psíquicos predominan en nuestra variedad, de los que fueron peculiares a los componentes que concurrieron a su formación. Por supuesto, contando con que el conquistador ya no pertenecía a una raza definitivamente antropológica, sino a una raza manifiestamente sociológica.

Vuestra estadística, que difiere de las de Humboldt y Bompland, arroja una cifra proporcionalmente fuerte a favor del elemento indígena —lo cual legitima la opinión de nuestro colega el doctor Arcaya, en oposición a la de los doctores Becerra y Gil Fortoul—, ³⁸ y de cuyo elemento, en mezcla con el negro, nos vinieron, según el autor mencionado, "los impulsos a la obediencia sin límites y al mando sin medida", a los cuales fue dócil, por fenómeno de regresión, el elemento conquistador. ³⁹ Es en esta raza mixta, población casi total de Venezuela, en donde hay que investigar las tendencias progresivas que haya concentrado y perpetuado la herencia, para encauzarlas y oponerlas a las contrarias de divergencia: al historiador se encomienda suministrar el

³⁷ Robert Flint, *La filosofía de la historia en Alemania*

³⁸ *Factores étnicos de la evolución política venezolana*, cit. de Arcaya

³⁹ Arcaya, *loc. cit.*

dato; y al sociólogo, indicarlo y recomendarlo a los directores de pueblos, para su utilización en el orden político, legislativo, económico, administrativo.

He ahí la función útil de la historia. Ella provee de materiales a quienes han necesidad de ellos, para la obra gloriosa que señalaba un parlamentarista francés a los republicanos de 1889: "la construcción de una sociedad, no con las ruinas, no con las faltas, no con las debilidades de los predecesores; sino con todo lo que hay de grande y de viviente en las tradiciones del pasado y todo lo que puede haber de fecundo en las ideas del porvenir".⁴⁰

Son la voz y el lenguaje de todos cuantos estudian actualmente la historia con espíritu observador. Uno de nuestros colegas extranjeros ha emitido, a este respecto, algunas consideraciones que, con escasas variantes, pueden interesarnos: el señor don Vicente Balaúnde decía en el Instituto Histórico del Perú:

"No basta a un pueblo la libertad política, la independencia; necesita esa libertad moral que sólo la adquieren las sociedades cuando son dueñas de sus tradiciones, cuando han encadenado, con la fuerza de la historia, el impulso de los principios hereditarios; cuando en el cuadro de su pasada vida han estigmatizado lo que era malo y tomado lo que era bueno; y cuando del fondo de sus tradiciones perfeccionadas y enaltecidas, han hecho brotar la fecunda floración de sus ideales... El secreto del adelanto consiste en unir, en la agitación de la existencia, lo pasado con lo futuro, la tradición con el ideal. Renán ha expresado estas ideas en admirable frase. 'Lo que hace de los hombres un pueblo, es el recuerdo de las grandes cosas que hicieron juntos y la voluntad de realizar otras en lo futuro...' Nuestro incipiente progreso fue hijo de la imitación; atendió a lo que venía de fuera; dejó de lado la realidad actual y la Historia. Nuestras reformas han sido siempre imitaciones y no adaptaciones. Pero esas imitaciones que no eran ligadas a nuestra vida, producían su obra imperfecta, inconsistente, fugaz. Entonces procuramos remediar los males de una reforma fracasada con una nueva imitación. Y se inicia la historia de las múltiples y contrarias tentativas, de los procesos iniciados y fracasados, de las obras inacabadas que llenan nuestra vida actual de ruinas prematuras; ruinas que no tienen el sagrado sello de los siglos. Las viejas ruinas, en su triunfo sobre el tiempo, nos evocan el recuerdo de las obras grandes terminadas por el esfuerzo, sobreviviendo al embate de todas las destrucciones y de todos los cambios. Las ruinas de las obras abandonadas, esas ruinas de ayer, sin el encanto de los tiempos pasados, sin su inefable seducción artística, sugieren el triste pensamiento de la acción impotente y desorientada. Y no sobre las ruinas antiguas que demolió nuestro bárbaro impulso o descuidó nuestra incuria; sobre las dolorosas ruinas de los esfuerzos fracasados de ayer, flota el espíritu de las edades muertas.

"La inestabilidad e inconsistencia de las instituciones creadas en nuestra corta vida independiente, han sido fruto de la falta del bien entendido espíritu tradicional, que establece sobre bases sólidas y hace seguro y continuo el proceso de la vida. Abandonando la historia, desconocidas las viejas cosas, creíamos que el progreso estaba cifrado en la implantación violenta de las más avanzadas reformas. Las nuevas y artificiales construcciones, de modo general, cayeron por tierra, y cuando subsistieron, al lado de la obra aparente y postiza, vivían, no las formas, sino el alma misma de las instituciones extinguidas. Y este curioso e interesante fenómeno se debe a la prescindencia de los factores históricos. La ausencia de la historia del elemento tradicional, es la falta de verdadera libertad respecto del pasado, la falta de orientación segura, de ideal positivo para lo porvenir. "El descuido de nuestra historia ha producido dos vicios opuestos, antitéticos, y que en la práctica nos han conducido a las mismas consecuencias: el rancio conservadurismo adherido a un pasado que no conoce, y el "snobismo" inconsistente, engendrador de peligrosas imitaciones y de funestos anatopismos. El primero ha pretendido irrealizable inmutabilidad; el segundo, versátil y vacilante, nos llevó a la acción improvisada, a la reforma de apariencias y después al fracaso y a la resurrección del antiguo espíritu.

⁴⁰ M. de Mun, *Sesiones de la Cámara francesa*, junio de 1889

"Hablar de historia y de tradiciones no es hablar de vuelta al pasado, de reacción, de retroceso. La mejor manera de libertarse del pasado es conocerlo. La historia no se va a formar de los estudios aislados y rígidos de las diversas épocas, sino del estudio de los fenómenos sociales en su incesante evolución...

"Todos los desvelos de nuestra acción legislativa, todos los afanes de nuestra acción pedagógica, deben concurrir en la obra de dar consistencia y solidez a nuestro espíritu nacional, para contrarrestar la acción disolvente del medio y la influencia contradictoria de los factores hereditarios. Nuestra alma nacional tiene que luchar contra un medio físico de contrastes y una historia de antinomias... En nosotros luchan las tendencias de razas diferentes que producen aquella in-adaptabilidad a la que atribuye Spencer las continuas revoluciones en Hispano-América. Sobre una raza de espíritu gregario y de solidarismo mecánico, se estableció otra raza dotada de fuerte instinto de dominación y de poderoso sentido de individualidad. Al período en que reinaba el fiero e indomable individualismo de los conquistadores, sucedió el período en que aprisionaba la vida y el desarrollo de la sociedad rígido legalismo; el absolutismo centralizador y ordenancista. El genio rebelde y audaz de los conquistadores produjo las antiguas tiranías, de las cuales no son sino remedos los desplantes de nuestro moderno caudillismo. Al antiguo absolutismo, a la vieja manía ordenancista corresponde nuestra moderna estatolatría y nuestro furor legislativo y reglamentario."⁴¹

Y al evocar el recuerdo de la grandeza peruana, en las sucesivas edades incaica y virreinal, exclama:

"Yo veo mi patria en la enmohecida armadura de los conquistadores, ávida de recibir pechos de igual empuje; en la severa mirada autoritaria de los virreyes bajo los graves birretes o las pelucas empolvadas; en el gesto altivo de los héroes de nuestra independencia, que llevaban en su frente el reflejo de las visiones sublimes y en su pecho la pujanza arrolladora de todas las audacias. Y veo la ciudad antigua, muelle, tranquila; sus altas torres que elevan al cielo el rumor de las místicas oraciones y frente a ellas, cerca de la tierra, el balcón morisco, sensual y misterioso; la pompa solemne con que avanza lento, bajo religioso palio, el sagrado sello regio; en un día de luz, el alegre cortejo universitario que, al son de atabales y tambores, precedido de simbólico estandarte y de las graves y argentadas mazas que reverberan al sol, va proclamando las glorias del recién graduado y las más graves glorias de la vieja Academia de San Marcos; en un día de sombras, el desfile de frailes y togados de las procesiones del Santo Oficio, desfile evocador de torturas y de muerte; la paz serena, el monótono discurrir de la vida, turbada a veces por la algarabía de las elecciones conventuales o la sonora agitación de las oposiciones universitarias..."⁴²

Señor.

Os sentáis entre los académicos de la Historia en Venezuela, por títulos estrictos que exigen nuestras constituciones y por brillantes títulos que os confieren vuestras circunstancias. Habéis recogido y publicado un apreciable material histórico, esencial al estudio de nuestros antecedentes; habéis realizado gallardos esfuerzos culturales, desde la prensa, el libro y la tribuna; habéis conquistado una bella reputación de hombre de pensamiento y de ideas; y en vuestra progenie personal, de las voces infatigables con que hablan los muertos en la vida perpetua de la herencia, oís en vuestra sangre el caracol melancólico del terrícola americano y el agudo clamor del clarín libertador.

Sed bienvenido.

⁴¹ V. A. Belaúnde, *Revista Histórica del Perú*, tomo IV.

⁴² *Ibid*